

UNIÓN LOCAL DE COFRADÍAS DE MANCHA REAL

# PREGÓN DE SEMANA SANTA 2012

---

Pronunciado por

**M<sup>a</sup> Dolores Gómez Jiménez**

**Viernes 23 de marzo de 2012**

Rvdos. Sres. Curas Párrocos de San Juan Evangelista y de La Encarnación, Sres. Presidentes de las Cofradías de Pasión, señoras, señores, amigos todos.

Quiero empezar agradeciendo a mi antecesora en esta noble tarea y presentadora Dolores Ramirez, sus palabras de afecto hacia mi persona, este sentimiento es mutuo y compartido además por todos los presentes.

Para mí fue una gran sorpresa cuando me llamaron miembros de mi cofradía, Nuestra Señora de los Dolores, para proponerme pregonar la Semana Santa de Mancha Real este 2012. No me considero una persona relevante, ni importante, ni significativa, ni en mi pueblo, ni en mi trabajo, ni en mi vida cotidiana. Yo sólo soy una mujer que trabaja y que intenta hacer las cosas lo mejor que puede.

Más tarde, me embargó un sentimiento de responsabilidad porque tenía que poner el pregón por escrito. Hay que decir que yo no suelo escribir nada, todo fluye directamente del corazón con espontaneidad y, escribirlo, significa reflexionar, elegir frases, términos, ideas que nunca terminan por gustarte y que van a quedar para la “posteridad”.

Finalmente sentí miedo, bastante miedo, no al ridículo, sino a no estar a la altura, a no aguantar el tipo, en una palabra: a emocionarme, derrumbarme y no poder seguir leyendo.

Estoy segura de que me voy a emocionar, pero espero continuar hasta el final. ¿Por qué emocionarme? En primer lugar, por lo que he dicho anteriormente: habéis pensado en mí como alguien más o menos relevante y eso no debe alimentar mi ego, pero quieras que no, acaricia un cierto prestigio a mi persona y denota que la gente te aprecia, y eso emociona. En segundo lugar porque lejos de contar “mi vida” sí tengo que incidir sobre aspectos personales que van ligados a la Semana Santa de mi pueblo, y eso conlleva recuerdos, sentimientos, mención a seres queridos que ya no están y que han marcado profundamente mi manera de ser. También personas que están todavía entre nosotros y que me hacen o me han hecho una huella imborrable en lo más profundo de mis convicciones. Me refiero a mis padres, mis abuelos, mis hermanos, mis tíos y a toda mi familia en general.

Familia en la que siempre ha habido la tradición de inscribir a un recién nacido a una cofradía (Nuestro Padre Jesús Nazareno o la Virgen de los Dolores) casi a la vez que en el Registro Civil.

La Semana Santa ha sido fechas especiales: cuando éramos pequeños era todo un ritual preparar las túnicas, pasarlas de unos a otros si habíamos crecido, sacarles de largo, quitarles las manchas de cera con papel de estraza, preparar magdalenas para el desayuno de Viernes Santo después de la procesión, los hornazos para el día de

campo del Domingo de Resurrección. Todo ello ligado al recogimiento, a la oración, a la confesión y la comunión, al ayuno y a la abstinencia.

Recuerdo aquellos días previos a la procesión de Viernes Santo en la madrugada cómo mi padre, junto con Paquito Cano, preparaban el trono, las velas, las flores... Hacíamos las visitas al Santísimo, expuesto en el Monumento, ese momento en el que quedaba desmantelado todo el Viernes Santo, en el que en la Iglesia sólo había señales de luto, el sonar triste de las campanas apenas perceptible.

En la tele, escuchábamos el sermón de las Siete Palabras haciendo hora para irnos a los oficios. Por supuesto ni salíamos a bares, ni cines, ni discotecas, sólo algunos paseos al sol primaveral en la acera del Ayuntamiento con nuestra ropa nueva que habíamos estrenado el Domingo de Ramos.

Hoy día la Semana Santa es termómetro de la ocupación hotelera, programas de tráfico para evitar accidentes, momentos de descanso lúdico, nada espiritual, motivo de desagobio y, como mucho, ver alguna procesión.

En casa de los Gómez era y sigue siendo un trajín, de velas, túnicas, tronos, flores... La tradición cofrade que arranca desde mi abuelo Antonio, siguió con mi padre, sigue sobre todo con mi hermano Juande y mi primo

Antonio Jesús, que la continúan e inculcan a sus hijos. Ellos son un poco el timón, aunque ahí están también mis otros hermanos, mis otros primos y mis tíos. Ellos, los hombres de la familia, pertenecían a la cofradía de Nuestro Padre Jesús y nosotras, las mujeres, mi abuela Lola y yo, a la de la Virgen de los Dolores. Mis tías y mi madre, se repartían entre la Virgen del Rosario, la Virgen de la Cabeza y, más tarde, en la de Nuestro Padre Jesús. Toda una tradición cofrade.

Un día me tocó ser Hermana Mayor de mi cofradía, tenía unos 18 o 19 años, fue un honor y una responsabilidad para mí. En aquella época (años 70) parecía que decaía la cofradía y recuerdo que nos recorrimos gran parte del pueblo, casa por casa, intentando que la gente se apuntara. No me acuerdo muy bien con quién iba yo, pero seguro que con mi íntima amiga Lola Martínez, hoy religiosa, que me ha acompañado tanto en esos años de juventud.

Luego ya empecé a estudiar mi carrera, me fui del pueblo, trabajé fuera, me casé y vivo fuera de Mancha Real, pero sigo ligada aquí, a mis raíces, sigo viniendo todo lo que puedo y sobre todo el Viernes Santo.

La vida te vapulea, te pone a prueba, te hace pasar por episodios que no son como soñábamos cuando éramos jóvenes. Cuando nos ocurre algo malo, el sentimiento más común es revelarnos, enfadarnos, no

quererlo aceptar. Me refiero a vivencias, hechos y problemas que se van presentando a lo largo de la vida, como por ejemplo la enfermedad de mi madre, el nacimiento de mi hijo con Síndrome de Down, la muerte tan inesperada de mi padre, la enfermedad súbita de mi marido.

Cada vez que nos sentimos golpeados por un hecho así, no lo comprendemos, nos enfadamos y llegamos incluso a decir ¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Por qué Dios lo permite? Estas preguntas tan humanas, tan comunes sólo tienen una respuesta y está en la fe, en el sentimiento cristiano de la aceptación. A las primeras preguntas me contesté ¿y por qué a mí no? A la segunda: por qué Dios permite las cosas malas, negativas, sólo hay una respuesta: sólo Dios sabe el por qué de las cosas, si lo comprendiéramos seríamos como Dios, y eso no es posible.

Tenemos que aceptar su voluntad, creyendo profundamente en ese misterio que nos condiciona y que nos hace ser de una determinada manera. La explicación de por qué Dios permite catástrofes, muertes prematuras o desastres no tiene respuesta para nosotros. Dios dirige nuestras vidas y sólo podemos tener Fe. Eso es precisamente la Fe: creer sin ver. Tenemos que aceptar, rezar y pedir fuerzas al Señor.

La semana Santa especialmente, debe inspirarnos, bajo mi punto de vista, diferentes sentimientos, ideas o actitudes:

- Oración: Jesús oró en el Huerto de los Olivos. Nuestra oración, debe estar presente en todos los momentos de nuestra vida. Rezamos al Señor por nosotros, por nuestra familia, por desconocidos. Le pedimos ayuda, fuerza, fe, perdón, salud...
- Recogimiento: Momentos en los que, agobiados por tantos problemas, nos paramos a reflexionar al menos unos momentos, sobre lo que hemos hecho, hacemos o vamos a hacer. Siempre guiados por el espíritu cristiano de humildad y bondad, alejados del resentimiento, el odio o la venganza. Sentimientos que nos deben guiar a hacer el bien, a imitar a Cristo, a tenerlo como modelo.
- Aceptación: Aceptar las cosas que nos manda el Señor, con un espíritu de paciencia, resignación, búsqueda de la caridad, del consuelo en Cristo ante la adversidad. La aceptación de que si Dios lo ha querido para nosotros por algo será. Dicen que Dios escribe recto en renglones torcidos.
- Sacrificio: en Semana Santa, estamos más cerca de esta idea. Jesús se sacrificó en la cruz por nosotros. Debemos tomar cada dificultad de la vida diaria como

una prueba y aceptar ese sacrificio sin mal humor, con resignación.

- Sufrimiento: ¡Cómo sufriría Jesús siendo hombre, su martirio! ¡Cuántos sacrificios y privaciones nos ofrece la vida! Sólo podemos sobrellevarlos con la ayuda del Señor.
- Esperanza: Creer firmemente que este “Valle de Lágrimas” tiene la esperanza de la otra vida, la vida eterna con el Señor. Dios es nuestro padre y como tal, sólo quiere el bien de sus hijos y la recompensa es la fe en la otra vida. Yo sé que mi padre, mis abuelos están en el Cielo gozando de Dios y desde allí nos ayudan cada día. La esperanza es la certeza de saber que Dios nos ilumina en nuestro camino, sólo hay que dejarse guiar por Dios.
- Alegría: Paradójicamente en estos días de sacrificio, recogimiento y oración, al final tenemos la alegría, la de la resurrección. Debemos intentar que el sentimiento de la alegría guíe nuestra vida a pesar de las dificultades y de los problemas. Intentar no vivir amargados y crecernos en la fe, estando seguros de que Dios nos ayuda.
- Esfuerzo: Para mí, una de las cosas más importantes de la vida. El esfuerzo es lucha, perseverancia, coraje (características del cristiano entre otras). Desde niña vi cómo mi padre y mi madre se esforzaban en años difíciles, en el trabajo diario, en la economía



doméstica, en criar a cinco hijos, en atender los problemas de cada uno de nosotros, aunque ya fuéramos mayores, en evitarnos sacrificios, en inculcarnos la fe cristiana para que fuéramos buenas personas.

El esfuerzo guía a las personas con Síndrome de Down que luchan día a día para abrirse hueco. El esfuerzo se inculca y se premia en los alumnos en el aula. El esfuerzo trae la recompensa de haber conseguido algo, de resistir ante algo, de saber que Dios está detrás para levantarnos si no podemos continuar, saber que ha valido la pena el sacrificio, la satisfacción de conseguir una meta aunque sea pequeña.

Vivir en la fe, en el Señor, en la esperanza en las convicciones cristianas me ayuda a transitar por este mundo tan injusto a veces, a no estar permanentemente amargada por los problemas, a tener paz y paciencia, porque sé que Dios está ahí, me quiere, me guía, me ayuda .

La Semana Santa es un buen momento para recordar todas estas ideas, si es que se nos habían olvidado.

Es la época de recogimiento, de continuidad de nuestras tradiciones y la época didáctica de enseñar a las nuevas generaciones lo que somos, nuestros valores, nuestros sentimientos cristianos, aunque no

esté de moda, aunque parezca que somos antiguos. Debemos manifestar nuestra fe sin complejos y sentirnos orgullosos de nuestras creencias agradecidos a Dios por otorgárnoslas.

Así pues, os invito a reflexionar sobre estas humildes ideas en estos tiempos en que la bonanza es algo pasado, la crisis de valores, económica y espiritual nos empuja hacia un materialismo puro y duro que no nos ayuda en absoluto a ser felices.

Las pequeñas cosas cotidianas de la vida, la ilusión por ellas, la humildad, el amor en el más amplio sentido de la palabra, la esperanza en la recompensa final y la fe, todo ello virtudes del pensamiento cristiano, nos hacen disfrutar de, si no la felicidad, sí de momentos felices que nos regala Dios cada día.

Muchas Gracias.